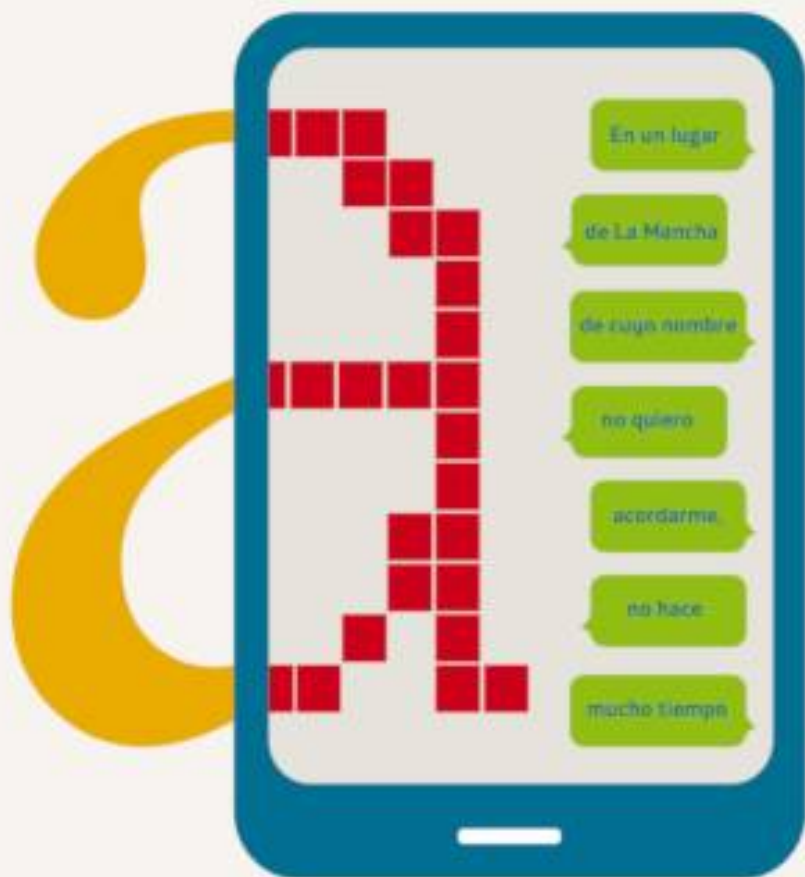


# ¿Cómo leemos en la sociedad digital?

Lectores, *booktubers* y prosumidores

Francisco Cruces (Dir.)



# ¿Cómo leemos en la sociedad digital?

Lectores, *booktubers* y prosumidores

Francisco Cruces (Dir.)

Gemma Lluch  
Remedios Zafra  
Julián López García  
Gloria G. Durán  
Jorge Moreno Andrés  
Romina Colombo  
Nuria Esteban  
Anna Esteve  
Virginia Calvo  
Maite Monar

*Ariel*

*Telefónica*  
FUNDACIÓN

**A Jesús Martín-Barbero**

Compartir esta publicación en redes sociales:



© de los textos: Fundación Telefónica  
© de la ilustración de cubierta: Jmúgica  
© del diseño de cubierta: LACASTA

Coordinación editorial de Fundación Telefónica: Rosa María Sáinz  
Peña

© Editorial Ariel, S.A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona (España)

ISBN: 978-84-08-18017-3 (epub)

# Índice

## CAPÍTULO 1

### Maneras de leer: una introducción

Francisco Cruces

- 1.1 Del libro en singular a los lectores en plural
- 1.2 El universo cultural está en franca mutación
- 1.3 Diseño multilocal e interdisciplinar
- 1.4 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 2

### Los jóvenes y adolescentes comparten la lectura

Gemma Lluch

- 2.1 Cuando los adolescentes y los jóvenes tomaron la lectura
- 2.2 Historias y lecturas de *bloggers* y *booktubers*
- 2.3 Lectura letrada versus lectura grata
- 2.4 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 3

### *El Quijote o Tirant lo Blanc* entre blogs y Google Maps

Gemma Lluch, Anna Esteve, Virginia Calvo y Maite Monar

- 3.1 Enseñar o aprender a leer a los clásicos
- 3.2 Leer a los clásicos rompiendo muros
- 3.3 La lectura transmedia de los clásicos
- 3.4 La literatura como contexto comunicativo escolar
- 3.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 4

### Itinerarios del yo en un cuarto propio conectado

Remedios Zafra

- 4.1 Lectores y escritores de sí mismos
- 4.2 De la protección de la lectura-escritura íntima a la exhibición

en las redes

4.3 Lectura precaria: velocidad y abundancia como categorías transformadoras

4.4 Cuando todos leemos y escribimos para todos

4.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 5

Mujeres que están leyendo

Remedios Zafra

5.1 ¿Qué significa hoy leer como una mujer?

5.2 La (in)suficiencia de la vida ficticia

5.3 Prosumidoras y transformación lectora en la Red

5.4 Camas, sillones, *contralecturas* y pantallas

5.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 6

Fugas

Jorge Moreno Andrés y Julián López García

## CAPÍTULO 7

Lecturas de interior

Romina Colombo

7.1 La casa de las lectoras

7.2 Del despacho-santuario al rincón-estudio

7.3 Del refugio marital al rincón de cada cual

7.4 De las bibliotecas a las mediatecas

7.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 8

Lectores en (su) fábula

Francisco Cruces

8.1 Celebraciones del libro



8.2 *Así leemos*: una experiencia de talleres colaborativos

8.3 Leer a otros, con otros, para otros

8.4 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 9

De políticas de lectura en la era digital

Gloria G. Durán y Nuria Esteban

9.1 Esto no es una biblioteca

9.2 De lo nacional a lo barrial

9.3 Prurito participativo

9.4 Piratas y bibliotecarios

9.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 10

Estrategias dispersas en Red.

Gloria G. Durán y Nuria Esteban

10.1 El infinito mundo de la edición

10.2 No es lugar para minucias

10.3 Bookbuster versus indies

10.4 El canon rampante

10.5 Referencias bibliográficas

## CAPÍTULO 11

Fulgor y apagón de los libros, entre *Analogia* y *Digitalia* Julián

López García y Jorge Moreno Andrés

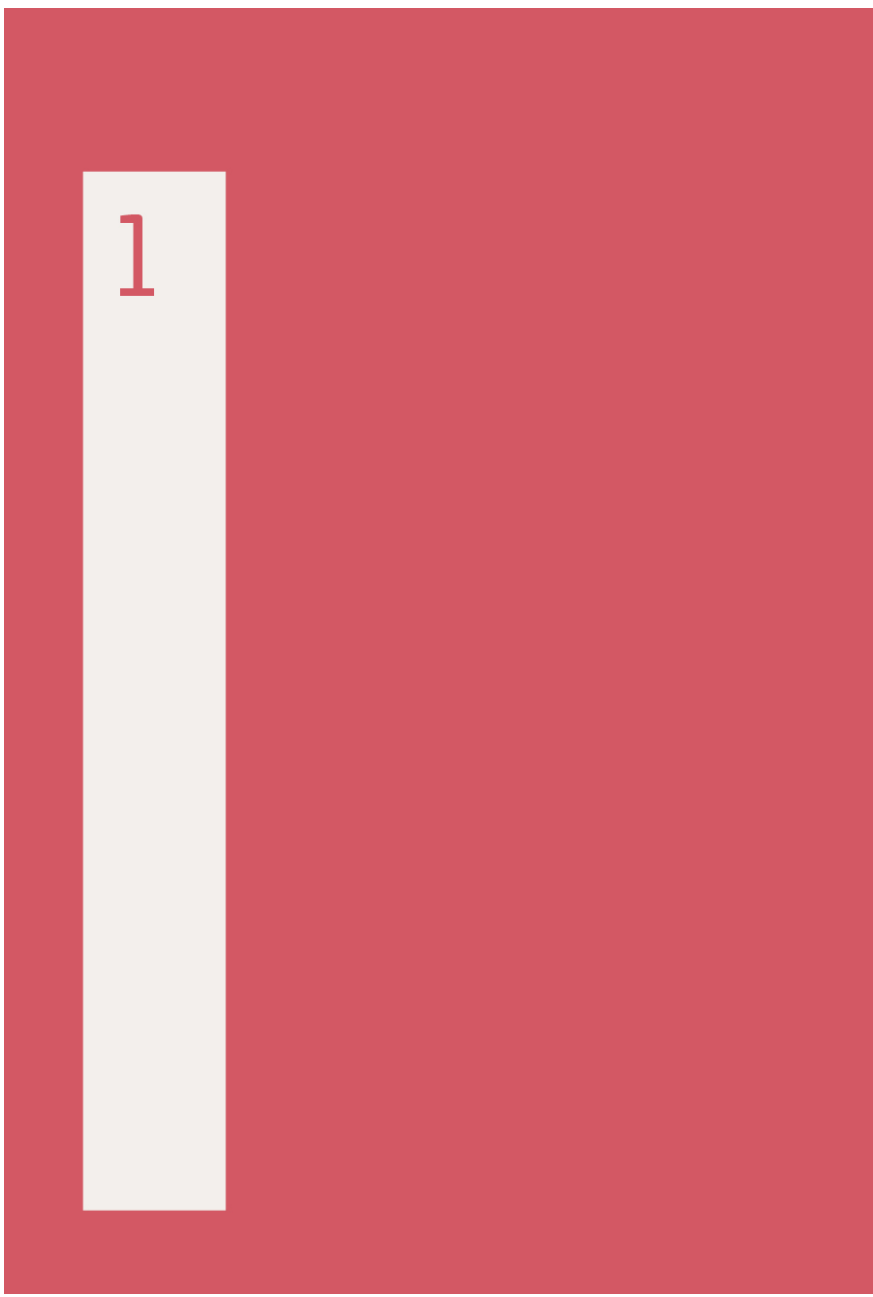
11.1 Las dos almas del libro

11.2 Leer en *Analogia*

11.3 Contrapuntos en *Digitalia*

11.4 Referencias bibliográficas

**Notas sobre los autores**



## Maneras de leer: una introducción

### 1.1

**Del libro en singular a los  
lectores en plural**

### 1.3

**Diseño multilocal e  
interdisciplinar**

### 1.2

**El universo cultural está en  
franca mutación**

### 1.4

**Referencias bibliográficas**

Francisco Cruces

En la primavera del año pasado, tras presentar juntos su último libro, Néstor García Canclini me preguntó si me animaría a dirigir un proyecto sobre lectores. ¿Acaso podría negarme? Néstor es uno de los antropólogos internacionalmente más reconocidos. Ha publicado muchísimo durante cuatro décadas sobre cultura urbana, jóvenes, literatura y arte. Yo no había pisado apenas el campo de los estudios sobre la lectura. Sí, por supuesto, le dije que sí.

La etnografía consiste en una forma de investigación cultural basada en una interacción sobre el terreno prolongada en el tiempo con un número normalmente reducido de personas. Más allá de la retórica romántica con que los antropólogos solemos salpimentarla, en toda etnografía digna de tal nombre hay cierto afrontamiento de lo nuevo. Uno, por definición, no sabe qué va a encontrar en el campo. Y lo que fascina es, precisamente, esa posibilidad de salir a descubrirlo, razón por la que llamamos a este nuestro método clásico «el encuentro etnográfico» y no el protocolo, el procedimiento, la receta etnográfica. En este caso, el encuentro era bastante literal. Se trataba de un tema relativamente ajeno para mí, con el añadido de ser una tarea urgente en comparación con los plazos dilatados con los que en la academia solemos tomarnos las cosas. Me pregunté si sería capaz de armar un equipo a propósito; me parecía imposible abordar algo así de otra manera. El propio Néstor lo advirtió: «Necesitas algunos investigadores que tengan no solo la experiencia de investigar, sino también el conocimiento incorporado sobre este campo. Eso no es algo que pueda improvisarse».

Asomarse al campo de la lectura produce, efectivamente, el vértigo de medirse con un objeto de investigación colonizado desde múltiples disciplinas: la sociología, la historia, la pedagogía, la filología, la psicología, la semiótica, los estudios literarios. Desde tales perspectivas, la lectura ha sido pensada en toda su extensión y también intensivamente parametrizada mediante protocolos de análisis sofisticados. Es, además, un «campo» en un sentido muy empírico y palpable, habitado por agentes de promoción y seguimiento tanto públicos como privados: las empresas de la industria editorial; las instituciones culturales y educativas; los portales, blogs, tubes y canales dedicados al tema; los editores, autores y curadores; el sistema de bibliotecas; las sociedades de productores de libros y de gestión de derechos; los organizadores de ferias y eventos, y un amplio tejido cívico que gira en torno a la pasión y el deber de leer, incluyendo clubes, círculos y un sinfín de pequeñas iniciativas. Este campo se vertebra fundamentalmente a nivel local y nacional, pero trasciende dicha escala hacia una esfera supranacional donde circulan informes decisivos (como el PISA), actúan fundaciones (como la PEW) y organizaciones de alcance continental o regional (como el CERLALC latinoamericano). A través de la Red, abarca el mundo por entero.

Lo que mejor hace la mirada etnográfica es atender a los pequeños detalles de la vida cotidiana de gente ordinaria. Empero, frente a un panorama tan vasto, especializado y complejo, ¿qué podría aportar una aproximación de ese tipo? No fue, en verdad, para el estudio de este campo que se ideó la etnografía. Esta surgió justamente como un relato escrito dirigido a lectores occidentales acerca de gentes sin escritura.<sup>1</sup> No hay más que recordar, por ejemplo, los prolegómenos que abren la monografía de *Los argonautas del Pacífico occidental*, una de las obras pioneras de la antropología moderna. Bronislaw Malinowski, recién desembarcado en las islas Trobriand, tras fracasados intentos por establecer una comunicación significativa con los nativos, explica la conveniencia de empezar el trabajo de campo intercambiando con ellos tabaco por léxico: pequeños regalos en trueque por conversación e historias (1993: 134).

Cierto que existen algunas aproximaciones específicamente antropológicas a la lectura, posteriores a la llamada «crítica etnográfica» de los años ochenta. La actividad de leer entró en el foco de la lente de la antropología precisamente tras la pérdida de los sujetos coloniales de los que esta se ocupaba: los pueblos ágrafos, las sociedades tribales, el campesinado. En ese momento, el relato sobre los otros se volvió urgentemente sobre sí mismo, para interesarse por lo que en esa disciplina hay de texto, autoría y modalidad de escritura. De entre las obras que se ocupan de la lectura como objeto etnográfico, la más representativa tal vez sea la de Boyarin (1993). Buena parte de sus contribuciones tiene que ver con textos sagrados y formas de leer históricamente marcadas por las religiones del libro. Se dirigen, por tanto, a una ampliación del horizonte lector, a partir del estudio de contextos de escritura radicalmente distantes, sea en el tiempo o en el espacio, respecto de las convenciones interiorizadas por un lector occidental de hoy.

Sin embargo, pocas prácticas cotidianas han tenido un lugar tan central en la conformación del sujeto moderno como la lectoescritura. Nuestras formas de trabajo y organización, de conocimiento y poder, de placer y fantasía, resultan impensables sin ella. La práctica lectora atraviesa por igual nuestras jerarquías morales y nuestra vida cotidiana. Está intrínsecamente ligada a las formas de conciencia que encarnan la condición de «ser moderno», una idea bellamente contenida en la imagen de ese «honesto hombre de letras» con que el sociólogo Bernard Lahire sitúa la centralidad de esta práctica entre los cánones culturales del siglo XX (2012: 55). Tales cánones, universalizados por un acelerado proceso global, no serían comprensibles sin la generalización de la lectura.

Por eso, sorprende la escasa visibilidad que para los antropólogos ha tenido una práctica tan estructurante. Es que nada parece tan común, tan ordinario y corriente como el hecho de leer (Todorov, en Boyarin, 1993: 1). Como si se pudiera decir poco al respecto. Como si el sujeto, absorto en lo leído, se mantuviera ausente para quienes lo rodean. En la

misma dirección observó John Berger: quienes leen parecen estar, como viajeros, en otro lugar (2015: 162). ¿Cómo hacer observación participante con alguien así?

## 1.1

### Del libro en singular a los lectores en plural

El desafío del presente texto es justamente mostrar la productividad de abordar las transformaciones en curso de la práctica lectora a partir de las *maneras de hacer* de lectores situados. Una propuesta de ese tipo está bien prefigurada en el estudio reciente *Hacia una antropología de los lectores*, a cargo de García Canclini *et al.* (2015), una obra que ha servido de inspiración y acicate al presente trabajo. En él, los autores reformulan algunas de las cuestiones que habitualmente orientan las encuestas nacionales sobre lectura; realizan una valoración de los modelos tradicionales de comprensión de la práctica lectora, identificando algunas de sus carencias; documentan modos de leer emergentes en la ciudad de México; trabajan en profundidad con un abanico de sujetos variado en cuanto a edad, género, actividad profesional y formación cultural, y analizan el impacto de las TIC en las disposiciones de lectores y creadores; sitúan, en suma, el conjunto de tales transformaciones en el contexto de la vida cotidiana.

Este tipo de abordaje cualitativo y multidisciplinar tiene también un antecedente en el libro *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, las editoriales y la música*, que realizamos junto al equipo mexicano que dirige García Canclini y que publicó Fundación Telefónica (2012). En dicho estudio analizábamos algunas de las estrategias culturales de jóvenes creadores urbanos en Ciudad de México y Madrid. Mediante una combinación de cuestionario *online*, entrevistas en profundidad, observación participante, talleres experimentales y webnografía, se visibilizaba el impacto de la Red sobre los entornos de creación cultural y se reflexionaba sobre la relación entre la aparición de nuevas tendencias y el modo de vida de los jóvenes.

En el presente texto, el centro de la atención lo ocupan las prácticas de lectura: el *cómo* leemos. No se trata tanto de averiguar qué leen los lectores (géneros y textos) o cuánto leen (frecuencias, niveles, competencias). Ni tan siquiera por qué lo hacen; pues, las prácticas, en tanto formas convencionalizadas y socialmente pautadas de acción, poseen una prehistoria tal en nuestras vidas que resultan mudas. Decir que la lectura es una práctica social resalta justamente ese carácter: una forma automatizada, interiorizada y socialmente significativa de hacer algo. Leer no es reductible a un «comportamiento», en el sentido individual, psicológico,

del término, ni a una «acción», un obrar instrumental en pos de ciertos fines u objetivos. Es una práctica porque llega hasta nosotros socialmente estructurada: dotada de determinada organización, cargada de historia, un conjunto complejo de significaciones. Y porque a su vez es estructurante: organiza los tiempos del sujeto, expresa sus relaciones con el mundo, lo relaciona de variadas formas con otros múltiples actores, tanto colectivos como personales, distantes como cercanos. Construye su mundo y lo expresa. Es esa multiplicidad de determinaciones, densa y silenciosa, lo que viene encastrado en la práctica de la lectura y que el analista trata de desenterrar.

Es lo que perseguimos en este libro. Para ello, resulta preciso (siguiendo la ruta trazada por autores como los historiadores Roger Chartier y Robert Darnton, el sociólogo Pierre Bourdieu y el etnólogo Michel de Certeau) preguntarse *de qué maneras* leen los sujetos. En qué contextos y situaciones lo hacen; con quién comparten lo leído; qué posición ocupa esa dedicación en relación con las otras muchas cosas que nos permiten edificar una cotidianidad. Tales interrogaciones se sintetizan bien en la distinción analítica que propone Karin Littau (siguiendo a J. Radway) entre «el significado del acto de leer y el significado del texto leído» (2008: 209). El acto de leer no tiene que ver solo con los textos o los objetos por sí mismos, sino con lo que la gente hace con ellos.

Nos ha interesado, por ejemplo, documentar fotográficamente cierto gesto lector: una manera particular de sostener el libro o el dispositivo portátil; modos relajados o tensos, casuales o formales, recogidos o visibles, calculados o espontáneos, de disponer el cuerpo ante la lectura. También nos hemos preguntado por el modo en que, históricamente, tanto en la pintura como en los catálogos de muebles y las revistas de decoración, fueron representados en diversos momentos los lectores y lectoras en la intimidad de sus hogares: seriamente formales en el despacho del caballero; relajadamente abandonados sobre un sofá de escaj, u ojeando una revista en la cocina mientras se remueve el cucharón en la olla. Hemos invitado a talleres en los que los participantes hicieron el relato de sí mismos, contando cómo aquello que leyeron en el pasado ha desembocado (o no) en la persona que ahora son. Los hemos animado a «poner la magdalena proustiana del revés», evocando el niño lector que fueron, por ejemplo, en aquellas interminables horas de verano robadas a la siesta en que la lectura vacacional inauguraba, en la playa o el campo, un reino de independencia respecto al mundo de los adultos. Considerando la Red un espacio privilegiado de subjetivación, nos hemos interrogado sobre el lugar que ocupa el texto en ella. Exploramos, por una parte, cómo el par lectura-escritura se volvió indisociable. Por otra, cómo esas formas de textualidad no necesariamente literaria despliegan nuevos y estrechos vínculos con lo audiovisual, la sociabilidad distribuida de los medios sociales, la interactividad, la convergencia, la velocidad y la hiperabundancia. Ese sistema emergente de relaciones hi-